

30.º domingo ordinario B



"Maestro, que pueda ver!" (Mc 10,51)

Primera lectura

Jeremías 31,7-9

Esto dice el Señor: – Gritad de alegría por Jacob, regocijaos por el mejor de los pueblos; proclamad, alabad y decid: "El Señor ha salvado a su pueblo, al resto de Israel". Mirad que yo os traeré del país del Norte, os congregaré de los confines de la tierra. Entre ellos hay ciegos y cojos, preñadas y paridas: una gran multitud retorna. Se marcharon llorando, los guiaré entre consuelos; los llevaré a torrentes de agua por un camino llano en que no tropezarán. Seré un padre para Israel, Efraím será mi primogénito.

Segunda lectura

Hebreos 5,1-6

Hermanos y hermanas: El sumo sacerdote, escogido entre los hombres, está puesto para representar a los hombres en el culto a Dios: para ofrecer dones y sacrificios por los pecados. El puede comprender a los ignorantes y extraviados, ya que él mismo está envuelto en debilidades. A causa de ellas tiene que ofrecer sacrificios por sus propios pecados, como por los del pueblo.

Nadie puede arrogarse este honor: Dios es quien llama, como en el caso de Aarón. Tampoco Cristo se confirió a sí mismo la dignidad de sumo sacerdote, sino Aquel que le dijo: "Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy"; o como dice otro pasaje de la Escritura: "Tú eres Sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec".

Evangelio

Marcos 10,46-52

En aquel tiempo, al salir Jesús de Jericó con sus discípulos y bastante gente, el ciego Bartimeo (el hijo de Timeo) estaba sentado al borde del camino pidiendo limosna. Al oír que era Jesús Nazareno, empezó a gritar: – Hijo de David, ten compasión de mí. Muchos le regañaban para que se callara. Pero él gritaba más: – Hijo de David, ten compasión de mí.

Jesús se detuvo y dijo: – Llamadlo.

Llamaron al ciego diciéndole: – Animo, levántate, que te llama.
Soltó el manto, dio un salto y se acercó a Jesús.
Jesús le dijo: – ¿Qué quieres que haga por ti?
El ciego le contestó: – Maestro, que pueda ver.
Jesús le dijo: – Anda, tu fe te ha curado.
Y al momento recobró la vista y lo seguía por el camino.

Meditación

No podemos olvidar que el evangelista encuadra estos hechos – y, entre ellos, la curación del ciego Bartimeo – en el viaje que Jesús hace hacia Jerusalén. Jerusalén, en el montaje del segundo evangelista, no era solamente una noción geográfica, sino también un concepto teológico. Ella es la ciudad santa, la capital de Israel, donde tienen su domicilio los jefes del pueblo. En el trasfondo se adivina la desconfianza de la comunidad de Cesarea con respecto a la de Jerusalén, que ingenuamente intentaba llegar a un acuerdo con el vértice israelita.

Jesús es presentado como un valiente profeta consciente de la suerte que le está reservada en la ciudad santa; por eso, camina precediendo a los demás. El grupo de los oyentes, no conociendo la situación, se muestra sorprendido. Sin embargo, los discípulos, "los que lo seguían", los que eran conscientes de los sentimientos de Jesús, "tenían miedo". Jesús se expresa con mayor claridad, anunciando sin misterios su próxima pasión, muerte y resurrección.

Precisamente apenas el evangelista ha puesto el relato del anuncio de la pasión, quiere esclarecer una vez más qué se entiende por fe y qué implica seguir a Jesús.

El caso del ciego es ejemplar: un hombre que ora con perseverancia, que lo invoca a pesar de las dificultades, recibe aliento, va a su encuentro, se deja después interrogar, se hace abrir los ojos, lo sigue en su camino.

Solamente con este ánimo es posible comprender y seguir el camino del hijo del hombre hacia el sufrimiento. El evangelista observa que Bartimeo llama a Jesús "hijo de David" y que "muchos lo reprendían para que se callase". La adhesión de un harapiento podría estropear el ingreso triunfal del hijo de David.

Como vemos, la tentación del triunfalismo persigue a la Iglesia incluso "ab utero"; diríamos que es algo que le es consustancial. Por eso, la insistencia profética sobre este tema no puede ser hija de ninguna obsesión, sino de una simple lectura de lo más elemental de los textos fundamentales de nuestra fe cristiana.

El gran enemigo de la Iglesia es ella misma cuando mimetiza el poder terreno y busca ansiosamente llegar a un acuerdo pacífico que mate su propia esencia profética.

Hay una interacción mutua entre fe y realidad salvadora. La fe es causa de salvación, y la salvación aumenta la fe. La esperanza de liberación que anima a Israel provoca esa misma salvación. La alegría con que se celebra es una alegría anticipada y anticipadora. También a Bartimeo es la fe, anterior a la curación, la que le sana. Pero, por otra parte, esa salvación hace que Israel descubra en Dios al Padre y que el ciego Bartimeo, recobrada la vista, siga decidido el camino de Jesús.